

# PATRICIA BAREÑO

En mi casa de infancia había una certeza: estudiar era una forma de honrar el amor y el esfuerzo de quienes me habían criado. Mis padres me dieron ese tipo de cuidado que no encierra, sino que abre puertas; el que permite elegir con libertad y, a la vez, sentir que hay un lugar donde siempre se puede volver.

Cuando llegó el momento de decidir, no estaba del todo segura del rumbo, pero sabía que mi vocación estaba cerca del cuerpo humano, del alivio, del cuidado. Por eso en 1986 me anoté en Fisioterapia, Psicología y Medicina. El tiempo fue revelando lo que el corazón ya intuía: la Fisioterapia me eligió a mí tanto como yo a ella. Había algo en ese gesto humano –las manos, el movimiento, la escucha del cuerpo– que contenía todo lo que yo quería ser y hacer.

Con los años descubrí que este oficio, más que una profesión, es un vínculo diario con la humanidad del otro. Me desafía, me obliga a pensar, a estudiar, a mirar las historias de dolor y resiliencia desde un prisma cada vez más amplio. Así llegaron las formaciones de posgrado –RPG, Osteopatía, Psiconeuroinmunología Clínica– no como trofeos, sino como extensiones naturales de una vocación que siempre pide un poco más.

Pero la historia nunca se escribe sola. A los 17 años conocí a quien sería mi compañero de vida, el Dr. Javier Deana. Con él aprendí que los caminos personales pueden entrelazarse sin perder la libertad. Mientras yo avanzaba en mi profesión, él completaba la suya en Derecho, y juntos atravesamos épocas de estudio, trabajo, dudas, decisiones y sueños compartidos.



# CLINICA

Más adelante llegaron Santiago Javier y Juan Pablo, nuestros hijos, con apenas un año y un mes de diferencia. Ellos crecieron, se hicieron profesionales –Ingeniero Eléctrico en Potencia uno, Contador Público el otro– y con su sola existencia me confirmaron algo que siempre había presentado: que con amor, trabajo y convicción, todo proyecto profundo puede florecer.

Mi vida laboral siguió su propio ritmo: la mutualista, la docencia, la rehabilitación, los grupos de prevención, la clínica. En el año 2002, con el apoyo incondicional de Javier, cambié de rumbo y me sumergí de lleno en el estudio y en la consulta privada. Desde entonces he acompañado procesos hermosos, complejos, transformadores. Aprendí de cada persona que atendí, de cada historia que se cruzó con la mía, de cada cuerpo que me enseñó que sanar es un verbo que se conjuga entre dos.

Hoy, al escribir estas líneas para un libro que quedará en la memoria de Pando, siento gratitud.

Gratitud por mi ciudad, por mi gente, por las oportunidades y por los caminos inesperados que se abrieron.

Gratitud por la vida compartida.

Gratitud por haber podido hacer con mis manos y con mi estudio algo que tuviera sentido.

Esta es mi historia. O al menos, la parte que puedo nombrar. El resto lo sigo escribiendo cada día, con trabajo, con vocación y con el mismo amor por mi ciudad que me vio empezar.

